

Revolución e identidad nacional

Sergio Ramírez M.*

Resumen

La identidad nacional de Nicaragua se ha realizado y se realiza desde y en la realidad histórica. Por lo tanto, también la cultura se realiza en la historia. Darío y Sandino sintetizan la lucha por la identidad y por la modernidad que darán el rostro definitivo del ser nicaragüense. Sandino definió en la guerra el concepto de identidad nacional, con una carga de justicia y modernidad. Darío también fue moderno.

La palabra creadora ha iluminado la historia nicaragüense; ha sido tan deslumbrante como el fulgor de los fusiles disparando en la noche cerrada, por la independencia, por la soberanía, por la identidad nacional. Esta es la idiosincracia nicaragüense, la definición y el orgullo del pueblo nicaragüense pobre, acosado, pero despierto, que mira lúcido al futuro. Es una historia, y por tanto, una identidad nacional hecha por poetas y guerreros.

1. Raíces en la historia

El 14 de septiembre de 1856, el general José Dolores Estrada, un mestizo de Nandaime, agricultor de oficio y militar por la fuerza de la necesidad, sin casaca, ni entorchados, ni galones militares, que murió después pobre y olvidado como había vivido, sembrando una pequeña parcela de tabaco derrotó en la batalla de la hacienda San Jacinto, al frente de un puñado de

humildes artesanos peones agrícolas y arrieros de ganado, armados con arcaicos fusiles de chispa y escasas municiones en sus salveques, a una formidable fuerza expedicionaria de las tropas filibusteras norteamericanas que habían invadido y ocupado Nicaragua para incorporar a los territorios de centroamérica al proyecto de una federación de estados del sur de Estados Unidos, y establecer la esclavitud de los nacionales bajo el predominio de la raza blanca.

* Vicepresidente de Nicaragua. Conferencia leída en el Congreso Internacional para la Cooperación Cultural con Centroamérica y el Caribe 1988, llevado a cabo en Berlín, entre el 24 y el 29 de octubre de 1988.

Porque había agotado la munición de su fusil en lo más crudo del combate, señala el general Estrada en el parte de guerra, un soldado de nombre Andrés Castro, de oficio sastre, derribó de una pedrada a uno de los mercenarios extranjeros que quiso asaltar el corral de piedra que servía de trinchera a los defensores.

En otra batalla contra los filibusteros en la ciudad de Rivas, un maestro de escuela llamado Enmanuel Mongalo, atravesó las líneas bajo el fuego nutrido y llevando una tea encendida en la mano, prendió fuego al mesón donde se hacían fuertes los filibusteros, para obligarlos a desalojar sus posiciones, y decidir así la batalla en favor de las armas de los nicaragüenses.

David, contra Goliath. Estos hechos para nosotros tan fundamentales, pueden pasar ignorados en el debate mundial donde se enjuicia día a día a la revolución sandinista. Pero a partir de entonces, esa piedra lanzada por un artesano al rostro del invasor, ha viajado por más de un siglo a través de la noche de la historia de Nicaragua, y esa tea encendida en las manos de un maestro de escuela ha roto esa noche, alumbrando muchas otras hazañas que han definido en resistencia cerrada nuestro perfil de nación pobre y pequeña. Con vigor sobrehumano empezó desde entonces nuestra lucha de todos los días por defender la identidad de nuestra patria acorralada por el poder incommensurable de los filisteos. David, contra Goliath.

Venimos desde allí, desde ese vientre incendiado, y la revolución no se explica sin esas humildes hazañas, contemporáneas porque siguen informando nuestro sentido de soberanía, sin el cual la revolución no puede ser posible, ni puede proyectarse como lo que ha sido y sigue siendo, una prueba de fuego para la identidad latinoamericana cuando el continente prepara su entrada al siglo venidero.

2. Una voluntad nacional creadora

La revolución es el fenómeno capital de nuestra historia. Tras casi una década, el proceso continuo de cambios y transformaciones de la

revolución, ha alterado el perfil tradicional del país, no sólo en cuanto a las estructuras en las cuales se asienta la sociedad, sino también en el orden de las ideas y las percepciones de la realidad sometida al cambio. Es un proyecto que ha sido capaz de transformar los instrumentos mismos del poder, su naturaleza y su sentido, y transformar el entorno real, social y económico heredado, con una magnitud sísmica, si se quiere telúrica, que lejos de agotarse en su primer impulso ha continuado afirmándose y extendiéndose, como un magma vivo, explosión y eclosión, estallido y deslumbre, afirmando su fuerza volcánica, abriendo unos cauces y cerrando otros, superando obstáculos, rompiendo barreras, animando el paisaje y levantando colinas donde antes había oquedades. Fuerza contra fuerza, avance frente a resistencia, acción contra reacción, revolución frente a involución, energía frente a inercia, choque de ideas y de concepciones nuevas que se imponen frente a las viejas.

La revolución, como fuerza creadora de nuevos impulsos, aún en medio de las trepidaciones del cataclismo, sin que la tierra se haya asentado, deja ya visibles sus marcas para la historia. Ha movido montañas y ha alterado el curso de los ríos. No pueden las piedras volver a ser colocadas en el mismo lugar, no pueden las aguas volver a sus antiguos cauces. Se trata de una ruptura irreversible en cuanto a la realidad, y a las formas de ver la realidad, de concebir el mundo y tratar de dirigir su dinámica. Los instrumentos de poder, la base en la cual se asientan, han cambiado. Su naturaleza ética ha cambiado. La realidad ha cambiado. Y las ideas, las concepciones dominantes han cambiado.

¿Que clase de cambios, qué clase de alteraciones irreversibles en la realidad heredada? Yo hablaría, en primer término, de lo que podríamos llamar una nueva voluntad nacional, para empezar definiendo a la revolución como un cambio de voluntad que permite la continuidad del proceso y es capaz de llevarlo adelante. Una voluntad dispersa y soterrada muchas veces en la historia, pero persistente y tenaz, que estalló en deslumbres y empezó a delinear sus definiciones

más profundas en otros momentos, en otras décadas, y que sólo la revolución ha hecho posible organizar, armándola de sus instrumentos de acción.

Y, ¿voluntad, para qué? En primer término, para construir, arraigar, generalizar y defender el sentido de identidad nacional, sin el cual la existencia misma de la nación independiente no es posible. Este fue un proyecto pospuesto y frustrado muchas veces en el pasado. Ingerencia externa, frente a afirmación nacional, intervención frente a soberanía, ha sido la contradicción capital de nuestra historia que la revolución se ha propuesto resolver de manera definitiva, como la única llave capaz de abrir las puertas de la paz y del futuro.

Una llave maestra que sólo la voluntad popular, como se ha probado a lo largo de esta década de tantos desafíos y sufrimientos, es capaz de utilizar, dándole cohesión y sentido a la voluntad nacional.

3. Identidad nacional e independencia

Identidad nacional, independencia para el cambio. Esta es la esencia ideológica del sandinismo, y la característica más importante del espíritu popular, capaz de convertirlo en rasgo definitivo y definitivo del ser nacional. Lejos de ofrecerse como una proposición teórica, se ha tratado de una respuesta tenaz, un desafío insobornable con continuidad histórica, en la medida que la defensa del proyecto de nación independiente ha sido asumido por el pueblo desposeído, y el proyecto dependiente ha sido asumido por los antiguos poseedores. Al arrebatar el poder a los dueños de la riqueza y a los dueños de los instrumentos culturales e ideológicos, la revolución ha frustrado su proyecto secular de sumisión, y ha sido capaz de afirmar el proyecto de nación independiente.

Revolución y contrarrevolución han enfrentado estas dos concepciones, estas dos formas distintas, opuestas e irreconciliables, de interpretar y concebir el destino del país.

Hoy en día, recuperar al país, en la propuesta ideológica de los defensores del viejo orden, que es una propuesta arcaica porque no tiene siquiera rasgos de modernidad, es recuperarlo para Estados Unidos, devolver la rueda de la historia a los tiempos de la aceptación sin discusiones del destino manifiesto. La revolución ha debido dinamitar las estratificaciones de este terror histórico a la orfandad, entrar en choque frontal con esta concepción de hijo de casa de Estados Unidos, difundir la idea de la soberanía como un desafío sin concesiones, porque no se trata de una afirmación a medias, sino de una sustitución radical que permita a la nación recuperar y recomponer su perfil verdadero y hacerlo valer en toda su fuerza y en toda su pureza y certidumbre.

Este ha sido, y lo sigue siendo, el factor de polarización más visible alrededor de Nicaragua, dentro y fuera de nuestras fronteras. El vínculo de homogeneidad de pensamiento de los promotores y defensores del antiguo orden de cosas, está puesto en la idea de esta recuperación: El poeta Pablo Antonio Cuadra en un ensayo titulado "El desafío de la censura: cultura e ideología en la Nicaragua de hoy," nos advierte: "Al llamarnos enemigos del imperialismo, escondemos una real y peligrosa pérdida del sentido de independencia. Al llamarnos los adalides de la liberación, perdemos, en nuestra concepción del Estado, la perspectiva humana."¹

Por tanto, liberación nacional, de acuerdo a esta propuesta, es un concepto exótico, necesariamente ligado a totalitarismo, despojo de la libertad del individuo. Liberación, resulta contrario a libertad. La democracia, sólo es posible sin la enemistad con el imperialismo. Democracia

**Ingerencia externa frente a afirmación nacional,
intervención frente a soberanía,
ha sido la contradicción capital de nuestra historia.**

y amistad, buena vecindad, destino manifiesto. Y la independencia se covierte así en peligroso artículo de fe, fruto del extremismo y la irreflexión.

Pero en las condiciones históricas concretas en que se produce la revolución en Nicaragua, país dominado, y atrasado como consecuencia del modelo dependiente impuesto por el dominio extranjero, la ruptura del orden interno, agotado porque no respondía a las necesidades de un desarrollo real y justo, y que prescindió de la participación popular de manera sistemática, entraña necesariamente la conquista de la independencia nacional para construir un orden social y económico, distinto, y viceversa: sin un orden económico, social y nuevo, y sin la participación popular, no es posible la independencia. Y para sustentar ambas cosas, es necesario afianzar el sentido de identidad nacional.

4. Identidad nacional en la historia

El sentido de identidad, colocado en el vértice del conjunto de valores culturales y espirituales que informan el sentido de nación, no lo improvisa la revolución, partiendo de un cero histórico. Se trata de un sedimento áureo en el turbión agitado de muchas décadas de forja de la nacionalidad, que ha existido como expresión constante, una hebra persistente, rebelde, en el tejido de la historia, siempre en oposición al concepto de destino manifiesto, y por lo tanto, de sumisión fatal del país al aparato político y cultural de ese dominio.

En 1857, José de Marcoleta, hablando en nombre de los intereses soberanos de Nicaragua frente a la expansión yanqui representada por los filibusteros de Walker, clamaba: "... Nada han dejado de hacer los eminentes políticos y los hombres vulgares que creen en el sueño del destino evidente, para que ese destino comenzase a evidenciarse por Nicaragua, siendo aquel el punto más favorable para principiar la carrera de tanta gloria... todo se ha hecho, todo, todo. Se han cometido cuantas falsedades, cuantas villanías, cuantas crueldades, cuantas abominaciones y

cuantos horrores podían cometerse, se ha mentido como sólo a los necios es dado mentir..."²

Identidad nacional, sustento del concepto político de soberanía, o autonomía nacional, como lo expresaba Sandino, versus destino manifiesto, como falacia, y que encontramos enhebrado, hilo persistente en la historia, desde antes, en los alegatos de Marcoleta, diplomático y jurista; en Rubén Darío, de cara al nacimiento de la política imperial yanqui de las cañoneras en los albores del siglo; en el ejemplo heroico del General Benjamín Zeledón, militar también por la fuerza de la necesidad, jurista y político que marca el signo de un siglo de resistencia nacional. Y en los escritos, notas diplomáticas, protestas, cartas, artículos de prensa, de una nutrida lista de hombres dignos e irreductibles.

"No olvide el diplomático sajón —le dice de manera profética el filólogo Mariano Barreto al representante yanqui en Nicaragua, Jefferson en 1912—, que si gracias al negramiento ambicioso y matricida conservatismo vamos camino derecho de Santo Domingo, aún no hemos llegado al término de la jornada, y podemos tarde o temprano, retroceder; que nadie sabe lo que está escrito en el inescrutable libro del porvenir..."³

Y el poeta modernista Santiago Argüello, añade en esos mismos años de ocupación militar: "Superpongamos sobre la vieja conciencia, meramente lírica, prosista y palabarrera, una conciencia nueva... a la conciencia vieja, de humo y humo y más humo, hay que superponerle otra, de vida, vida y más vida... necesitamos hombres. Hombres que no vayan a Washington como arrieros viciosos a malvender su ganado. Hombres que no busquen más apoyo que el de la fe sus ciudadanos. Hombres que sepan que el auxilio de las propias fuerzas engrandece; y que el de la fuerza ajena serviliza. Hombres que no crean en los panamericanismos. Hombres que sepan que hay banqueros que hacen de forajidos, y escuadras que hacen de trabucos, y presidentes metodistas que llaman bandidos a los que defienden sus hogares violados. Hombres que aprendan a rechazar empréstitos cuando provengan ellos de esos

Montes de Piedad de treinta pisos, degollaciones de honras y destaces de pueblos. ¡Hombres! Hombres que digan que vale más necesidad decorosa que esclavitud alimentada.”⁴

Siempre hubo por lo tanto, nicaragüenses, —y es bueno recordar que se trata de intelectuales—, que defendieron esa idea de identidad soberana, y la promovieron, en un contexto de resistencia frente a la pretensión de despojar al país de su esencia nacional independiente, cada vez que era agredido o amenazado, y cuyas palabras resuenan con ecos contemporáneos, en la medida en que el conflicto sigue siendo el mismo, nación contra imperio, patriotas contra secuaces, independencia frente a sometimiento: “En Nicaragua —escribe Salomón de la Selva uno de nuestros grandes poetas—, hay dos partidos efectivos. El uno cuya divisa es rojinegra, la que ondea en los campamentos del general Sandino, y cuyos principios son anti-imperialistas, bien definidos. El otro partido es aquel cuya divisa rojiverde, la de los políticos, cuyos principios son de oposición al pueblo y obediencia servil al amo extranjero.”⁵

5. Identidad nacional y transición

Para la revolución, una revolución latinoamericana, centroamericana, la información didáctica de este concepto fundamental de identidad nacional, es una tarea irrenunciable, a fin de que pueda transmitirse de una generación a otra e informar así, y por lo tanto formar, la conciencia nacional en términos históricos y permanentes, y que el conjunto esencial de nuevos valores y concepciones, que sustente la idea de nueva sociedad, pueda tener una lógica integral; y para que la calidad de las relaciones internacionales del país, como entidad para siempre independiente, no vuelva a sufrir nunca mengua alguna. Despejada de manera definitiva esta contradicción, entraremos sin temores en el siglo venidero, que será el siglo de la América Latina.

Es precisamente porque el cambio revolucionario produce una ruptura en la realidad social, para alterarla y transformarla, y en las concepciones culturales e ideológicas impuestas, tam-



bién para alterarlas y transformarlas, que esta doble ruptura abre un período de transición que se proyecta en el tiempo como un proceso dinámico y cambiante, en el cual las viejas formas de dominio ceden unas más fácilmente y otras persisten y se resisten a ser sustituidas. Las concepciones sobre la vida y la sustancia de las relaciones sociales, van cambiando, en la medida en que cambia la sociedad, no de manera lineal, sino contradictoria y difícil. Pero la idea persistente de identidad nacional, entra a la transición como un valor heredado, reflejo de las luchas del pasado por la afirmación independiente de la nación, y pasa de darse en un contexto de defensa muchas veces clandestina, tantas veces reprimida, rechazada y defraudada, a otro contexto donde se convierte en eje de la promoción de un nuevo orden independiente, que implica, a la vez, el cambio económico y social.

Aún en los momentos presentes, sin duda los más difíciles en cuanto al deterioro que en las condiciones de la vida diaria la agresión externa impone en términos económicos, existe un firme consenso nacional de respaldo a la preservación y defensa de la identidad nacional, y de la soberanía en todo sentido, que promueve el Frente Sandinista, y que como asunto de fondo no está puesto en cuestión por la generalidad de la sociedad, porque tiene ya un carácter irreversible en la conciencia colectiva.

El *Philadelphia Inquirer*, citando los resultados de la encuesta de opinión "La paz y la democracia en Nicaragua y Centroamérica," realizada recientemente por el Centro Latinoamericano de Investigaciones de Los Angeles y el Departamento de Historia de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, entre habitantes de los barrios de Managua de distinta extracción social, incluyó a los de más altos ingresos, anota el rechazo generalizado a la política de Estados Unidos respecto a Nicaragua (62.6%), mientras que sólo un 1% la califica de excelente, y un 7.1% por ciento de buena. Se admira el desarrollo tecnológico de Estados Unidos, y se rechaza su actitud agresora. Y únicamente el 2% por

ciento de los encuestados atribuyen al "comunismo-totalitarismo" la causa de los problemas del país.

Esto es importante anotarlo, porque en sustitución del viejo concepto de destino manifiesto, en el aparato de justificación de la agresión externa, para volver a los tiempos del destino manifiesto, se utiliza hoy el concepto de "nación dividida," la sociedad enfrentada entre un proyecto de retorno promovido por la política de Estados Unidos bajo el disfraz de restablecimiento democrático, bienestar y libertades fundamentales, y el proyecto "totalitario" del Frente Sandinista, que al rescatar la independencia, elimina la participación democrática, empobrece y conculca la libertad.

Aunque este presupuesto no hace más que retomar los viejos pretextos anticomunistas, y debemos recordar que junto a la idea de destino manifiesto, desde el fin de la segunda guerra mundial el anticomunismo pasó a tener en Nicaragua, como en toda América Latina, un lugar preponderante, al hablarse de nación dividida entre la adhesión al totalitarismo y la adhesión a la democracia, como presupuestos falsos que esconden la contradicción real entre independencia y vasallaje, y nuevo orden y orden antiguo, se busca una justificación para legitimar a la contrarrevolución.

Sobre este concepto esencial, independencia nacional contra dominio extranjero, la nación nunca ha aparecido dividida, precisamente por la fuerza cohesionante que tiene el sentido de identidad. La contrarrevolución creada, dirigida y alentada por Estados Unidos, como un fenómeno de reacción frente al cambio, y frente a la definición de independencia e identidad nacional, se ha organizado intelectualmente con una cúpula exógena, que reúne sin distinciones a representantes de todo el viejo orden, identificados con el proyecto norteamericano, caduco y atrasado, que encuentra un eco agonizante en una fracción minoritaria de la sociedad de Nicaragua.

Pero, y sin que esto toque la esencia del pluralismo político, porque es un asunto de

El conflicto sigue siendo el mismo, nación contra imperio, patriotas contra secuaces, independencia frente a sometimiento.

opciones viables y válidas en el contexto de la realidad social, y de las fuerzas que mueven esa realidad social, la idea de una "democracia pronorteamericana," como ardid de la vieja dominación, impuesta a través del proyecto ya fracasado de la contrarrevolución armada —y fracasado precisamente por falta de consenso—, no tiene eficacia, y no podrá tenerla aún en el marco de la lucha política y electoral desarmada, siempre que la escogencia ofrecida sea entre el nuevo y el viejo orden, reforma agraria o latifundio, participación en la base o represión social, dominio y enriquecimiento de unos pocos, y formas abiertas de propiedad; el antes y el después el destino manifiesto y la soberanía nacional.

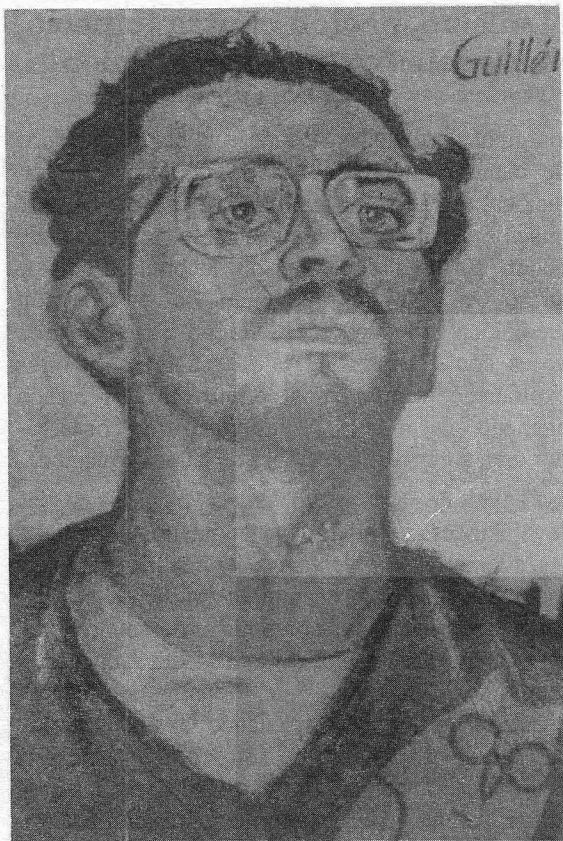
No es casual, por lo tanto, que la única base posible para este proyecto de retorno, haya sido encontrado por Estados Unidos entre los sectores más atrasados y más aislados de la sociedad, en los territorios campesinos —y entre las minorías étnicas— donde, precisamente, el sistema de desarrollo desigual del capitalismo somocista los había abandonado, o confinado, antes de que la revolución pudiera profundizar su esfuerzo de integración nacional, en un país geográficamente y socialmente incomunicado, a causa precisamente del diseño económico del viejo orden marginal de explotación, en el que se dejaban convivir distintas formas de organización económica, desde las más modernas, en términos de dependencia estructural, a las más primitivas.

Se trata, en consecuencia de las fracciones sociales más alejadas de la posibilidad de un consenso hacia la identidad nacional, ajenas en realidad entre sí mismas: una representación intelectual de la clase dirigente del antiguo orden, que nunca participó de ese consenso, y que de manera natural se dirigió a ocupar su posición, otra vez histórica, de eslabón entre el imperio y el proyecto de articulación al imperio; y sectores

marginales de los territorios rurales, convocados de manera inicial en base a la influencia tradicional ejercida por la Guardia Nacional en esos mismos territorios, como aparato represivo de poder. En una situación de incomunicación y atraso, y bajo la influencia de la coerción ideológica aún viva del antiguo sistema, unas veces con el terror de la fuerza bruta, y otras explotando sentimientos primitivos: su visión elemental del mundo, el individualismo conservador, una concepción religiosa de carácter mágico.

Lejos de ser nuevo en la historia de las revoluciones, se trata de un fenómeno sustancial a las alteraciones violentas de la realidad en cada momento histórico, cuando la transición se presenta necesariamente como un proceso desigual, que debe enfrentarse con calidades sociales e ideológicas diferentes, que el antiguo orden ha estratificado por siglos, y cuando las iniciativas de promoción del cambio no son, en algunos casos, las correspondientes ni las más adecuadas: la alianza entre poder externo-clase tradicional dirigente-sectores marginales y atrasados de extracción campesina que se da en la guerra de Vendée iniciada en 1792 por los terratenientes nobles y el clero en Francia durante el período del directorio; la guerra de los cristeros en México, en 1926, promovida también por el clero y los latifundistas como reacción frente a los cambios agrarios, para no citar sino dos ejemplos.

Es importante, pues, subrayar, como fenómeno cultural, la disímil complejidad de los procesos de transición, a partir de la ruptura de una realidad heredada, realidad que al asentarse en estadios diversos de desarrollo, reacciona de diversas maneras frente a la propuesta estructural e ideológica de cambio, aunque el proyecto de cambio, sometido a una permanente revisión crítica, se proponga aceptar y respetar esa misma diversidad, sin renunciar a la modernización, ni a la integridad territorial del país.



6. Transición y modernización

La modernización, frente a una sociedad caracterizada por el atraso, y la conformación diversa del atraso, se vuelve un factor esencial al proyecto de desarrollo económico y de integración social, y territorial de la revolución. El cambio es moderno en cuanto a sus aspiraciones de una nueva calidad de vida y de una nueva concepción de justicia integradora en las relaciones sociales, o no es cambio del todo, lo cual tiene que ver otra vez con el sentido de independencia e identidad nacional. Y el cambio, así concebido, ha entrado más riesgos que resultados óptimos a lo largo de esta década, cuando su viabilidad ha debido decidirse no en un simple contexto de confrontación ideológica, sino de lucha armada dirigida por el verdadero poder que se ve sustituido, y cuando la destrucción entorpece el afán

de construir.

Ruptura hacia afuera, y ruptura hacia adentro, liberación interna y liberación externa, iniciativa constante de cambios profundos que al alterar la realidad y desafiar las antiguas concepciones, agita y subvierte la realidad, provocando la reacción frente a la acción. Este es el contexto dialéctico de la revolución.

Se trata, en efecto, de un proyecto de modernización, poner al día a la nación, recuperar el tiempo perdido. Un proyecto que parte de un concepto de desarrollo orgánico para toda la sociedad, disponer todas sus fuerzas y posibilidades en un solo sentido, que dé sincronía al esfuerzo productivo y elimine sus rasgos anacrónicos, articulando nuevas formas de propiedad y distribución, nuevas formas de acceso a la educación y a la técnica, a la comunicación de un mundo a otro, a la interrelación social y cultural, para que la identidad nacional sea posible no sólo en el ámbito de las ideas, sino también de toda la realidad social, libre del atraso.

Y como se ve, el precio de la ruptura, para identificar a la nación como un ente libre y moderno, soberanía en todos los sentidos, ha sido la guerra, la guerra más larga que conoce la historia de Nicaragua, la más costosa, y la más transcendente, y decisiva, porque el enfrentamiento militar de estos años ha definido el perfil auténtico de la nación nicaragüense, la sobrevivencia soberana del país para la historia. La guerra, con toda su carga de desolación y muerte, como el rasgo fundamental de estos años de transición, una transición dolorosa, que avanza en medio del combate, guerra no deseada, pero real, y capaz, por lo tanto, de introducir sus consecuencias en el perfil de la transición.

Hablando de Rubén Darío en su artículo "Una conversación entre Azul y Buenas Tardes," el mismo Pablo Antonio Cuadra expresa: "Pero en su patria lo que se quiere imponer no es el ideal griego de Atenas, sino el de Esparta. ¿Qué diría el maestro? ¿Le gustaría que su pobre pueblo cargue con el peso de hierro y muerte del más grande

ejército de Centroamérica?⁶

Desde el fondo de la noche de sumisión y entrega, enhebrando en el tejido de las definiciones fundamentales de nuestro ser como país de la aurora ese hilo íngrimo de la identidad nacional que él ayudó a fundar, y a hacerlo moderno, es Darío mismo, moderno, quien puede responder a esa interrogante, mucho menos moderna: "No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros... no, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán..."⁷

Y refiriéndose a la guerra de agresión de Estados Unidos contra Nicaragua en 1910, responde también Rubén, otra vez moderno: "Hay en este momento en Centroamérica un pequeño Estado que no pide más que desarrollar, en la paz y el orden, su industria y su comercio; que no quiere más que conservar su modesto lugar al sol y continuar su destino con la seguridad de que, no habiendo cometido injusticia hacia nadie, no será blanco de represalias de nadie. Pero una revolución lo paraliza y debilita. Esta revolución está fomentada por una gran nación. Esta nación es la república de los Estados Unidos. Y Nicaragua nada ha hecho que pueda justificar su política... pregunto, pues, a mister Roosevelt si, en nombre de sus principios, él no ve allí una doble violación, una doble abjuración de esa moral internacional que él define y preconiza..."⁸

Es bueno en este punto enlazar esos dos conceptos: el de modernidad, ya que estamos hablando de Rubén Darío, el padre de lo moderno, y el de identidad nacional, porque en una tierra de poetas, el primero y el mayor de ellos, supo entenderlo y defenderlo, heredando a la nación el ideal griego de Atenas, junto con el de Esparta, desde sus raíces mestizas, desde su sangre chorotega, como canta en el poema "Tutecotzimi," que Pablo Antonio Cuadra cita, desde una lectura distinta en ese mismo artículo, y que yo quiero citar también:

Cuando el grito feroz
de los castigadores calló y el jefe odiado

en sanguinoso fango quedó despedazado,
vióse pasar un hombre cantando en alta voz
un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra.
Alababa a los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle: —¿Tú cantas paz y trabajo?

—Sí—

"Toma el palacio, el campo, carcajes y
huepiles,
celebra a nuestros dioses, dirige a los Pipiles."
Y así empezó el reinado de Tutecotzimi.⁹

Las señales de identidad en nuestra historia no son de ninguna manera inocentes, porque desde Darío, cada vez que se alzaba una voz para rechazar la opresión extranjera, y advertir por lo tanto del riesgo trágico de la pérdida de esa identidad, es porque la nación se encontraba amenazada, ocupada, en guerra contra los agresores. Esta es la esencia de la proposición. Frente a la amenaza de la desaparición como nación soberana, la defensa de su identidad, con las ideas o con las armas. Tutecotzimi, poeta y guerrero que cree en la paz y el trabajo, recibe, una vez muerto el tirano, los carcajes, seguramente llenos de flechas, junto a los huepiles, campos y palacios. Y así empieza su reinado, no para invadir militarmente Centroamérica, sino para defender a su país de poetas y guerreros.

Y en el otro polo del arco voltaico, un poeta y un guerrero moderno, Sandino. Poeta por naturaleza, guerrero por la fuerza de la necesidad, ciudadano armado que en nombre de los humildes define en la guerra el concepto de identidad nacional, con una carga de justicia y de modernidad; porque si Darío es lo moderno, también Sandino es lo moderno, y en estos dos perfiles fundamentales de nuestra historia podemos sintetizar la lucha por la identidad y por la modernidad, para darnos el rostro definitivo del ser nicaragüense.

7. El nicaragüense y lo nicaragüense universal

No el nicaragüense en abstracto, sino su ser histórico, su vocación nacional, que se proyecta en un ámbito universal, porque nada que no sea

auténtico y que proclame el cambio, la renovación, puede ser universal y preservar su modernidad. Y desde esta tendencia enriquecedora, en la lengua y en el espíritu, en el idioma y en la defensa de la soberanía, es que podemos partir hacia el encuentro con nuestro lugar en el mundo, precisamente porque somos dueños de una identidad, nuestra identidad de poetas y guerreros, que es la marca de nuestra independencia, forjada en lucha continua y en una perspectiva permanente de renovación, de cambio, de búsqueda, de resistencia contra lo viejo, y de amor a la nuevo que nos afirma y nos da un sentido contemporáneo, ese sentido contemporáneo que se generaliza, por fin, desde la revolución, porque este es también un asunto de soberanía cultural, de identidad que podemos ofrecer al mundo.

Sobre este tema de la definición del nicaragüense hablaba días atrás con el periodista Bill Gentile de la revista *Newsweek* y cuando me preguntaba sobre las características esenciales del nicaragüense yo le respondía: la primera de todas el orgullo nacional. No porque otros pueblos no tengan orgullo de su pasado, de su riqueza, de sus hazañas, de su paisaje, sino porque el nuestro es un orgullo sometido a prueba sin ninguna tregua a lo largo de la historia. Nosotros hemos construido el orgullo en base a los desafíos enfrentados, y superados, a la desigualdad de condiciones en que se nos presentan esos desafíos; David contra Goliath, siempre el débil luchando contra el poderoso, carcaj contra arcabuz, la astucia del Gueguense como mecanismo dialéctico de la defensa de la identidad, la inteligencia creadora como arma de la supervivencia. Es el orgullo, en nada vano, de un pueblo que desde la oscuridad y el atraso del siglo XIX enfrentó y derrotó a Walker, piedra contra fusil de repetición, y que desde el traspaso de la historia dió a Darío, una individualidad creadora que empieza tocando al oído, hijo de un pueblo que antes de tener la posibilidad de organizar y potenciar sus fuerzas,

ha sabido tocar siempre al oído, afinar el oído y afinar la puntería, Sandino también tocando al oído, punto y contrapunto, enseñando conciencia nacional, generalizando el sentido de conciencia e identidad nacional, una lección que los analfabetos del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional todavía pueden dar a los letrados.

Por lo tanto, revolución significa orquestar, organizar la nación y la nacionalidad, volverlas permanentes, enseñar a interpretar sus signaturas, identificar en la lectura de la historia esas señales de identidad, que son nuestras señales de sobrevivencia y avance hacia el futuro, nuestra carta de ciudadanía, nuestra razón de ser y de morir, lengua en Darío, praxis en Sandino, renovación y modernidad, la revolución como un proceso inagotable, de búsqueda de alternativas diferentes y creadoras, preparados siempre para resistir y para crear, innovar e inventar, desafiar y responder.

8. Identidad y cultura nacional

Nuestra cultura nacional, como conglomerado de valores y prácticas, debe ser vista entonces desde la perspectiva de sus raíces y señales de identidad, que son sus señales y pruebas de afirmación, como una entidad dinámica, sustancial al proyecto de nación, un proyecto que identifica y que es moderno, opuesto a todo lo que enajena, a lo que representa atraso y es contrario a la autenticidad y la modernidad, y contrario, por lo tanto, a los fundamentos de la nación que sólo ha sido posible definir en la lucha constante por la afirmación común, como lo prueba la historia.

Los momentos culminantes de nuestra historia, definidos por lo general en choque contra fuerzas externas más poderosas, tienen, como hechos culturales y políticos, una proyección universal, porque se han fraguado como prueba de la capacidad creadora de la nación para afirmarse, y proyectarse como entidad independiente. Univer-

Revolución significa orquestar, organizar la nación y la nacionalidad, volver las permanentes...

sal es la guerra nacional contra los filibusteros en la mitad del siglo XIX, universal la lucha de Sandino contra los invasores, universal fue la lucha insurreccional contra la dictadura somocista, y universal es el fenómeno de la revolución sandinista, un hecho de constante atención internacional, cobertura periodística, análisis científico, reflexión e investigación académica, centro de interés y debate político en todos los continentes.

Desde esta perspectiva, y desde esta lección de la historia, es que podemos entender nuestra identidad, y por lo tanto nuestra cultura. El modelo es el de la historia, no el de la cultura. "Pero, ¿qué significa "cultura" en este caso? —se pregunta Gramsci—: "Indudablemente significa una concepción de la vida y del hombre, coherente, unitaria y difundida nacionalmente, una *religión laica*, una filosofía que se ha transformado en *cultura*, es decir, que ha generado una ética, un modo de vivir, una conducta cívica e individual."¹⁰

Este parámetro de identidad nacional, es la punta de lanza de una escala de valores nuevos, que deberán generalizarse y organizarse, valores superiores que como conjunto de ideas suponen alterar la visión cultural del mundo y la concepción de las relaciones sociales, en la medida en que el cambio presupone una variación del lugar y a la posición de los actores en el escenario de la realidad, vistos, por supuesto, como individuos capaces de crear y aportar. Pero la identidad nacional se ofrece, a la vez, como parámetro no restringido a la creación y a la recepción de cultura, concebida como fenómeno dinámico, como fenómeno de cambio, y al mismo tiempo, de renovación creativa, de modernidad y autenticidad, y por lo tanto, de universalidad.

Y nuestra cultura, por otra parte, vista como fenómeno de creación artística en el tiempo, fruto de una dilatada tradición, puede exhibir en la obra de no pocos de sus creadores una excelencia singular en Centroamérica y América Latina, que es universal desde Rubén Darío, y que en la

práctica constante se convierte por sí misma en un rasgo fundamental de la identidad nacional. Nuestros artistas, especialmente en el rumbo de la poesía, identifican a la nación, y la nación se siente identificada en ellos, como enlace de prestigio social hacia adentro, y en su proyección universal hacia afuera.

Es universal nuestra historia, en su ejemplo de constancia para definir el proceso de afirmación de nuestro perfil nacional; es universal la revolución, como fenómeno contemporáneo que vuelve culminante ese proceso de afirmación; y es universal nuestra creación cultural, signo también de identidad nacional.

¿Qué clase de creación cultural, entonces, es la revolución?

La revolución no presupone un "modelo" cultural, como tampoco presupone en lo político un "modelo" revolucionario, a riesgo de agotarse en los esquemas. El modelo de la revolución será un resultado *ex-post* consecuencia de una compleja práctica dialéctica, cuyo perfil definitivo está lejos de conseguirse, en la medida en que la misma dinámica de las contradicciones, altera constantemente el molde de la realidad. Y en la creación cultural es esencial la múltiple escogencia de opciones, la libre variedad de elección.

"La lucha de la población trabajadora —advirtió Bertolt Brecht—, la lucha de la clase obrera por una vida razonable y creadora, es un tema grato para el arte. Pero la simple aparición de obreros y campesinos en el lienzo tiene poco que ver con este tema. El arte tiene que aspirar una amplia inteligibilidad. La sociedad tiene que elevar su capacidad de comprensión artística mediante una educación general. Hay que satisfacer las necesidades de la población. Pero luchando contra la necesidad de cursilerías."¹¹ Y agrega Brecht, en otra parte: "Un arte que está totalmente dirigido, incluso en cuestiones de estilo y gusto, no puede a su vez dirigir... sólo los zapatos se pueden confeccionar a la medida. Además, el gusto de mucha gente políticamente bien formada está deformado, y por consiguiente, no puede

servir de pauta."¹²

En un país acosado, en guerra, destruido a lo largo de estos años de lucha por la sobrevivencia nacional, la revolución ha ofrecido una lección histórica de libertad, de creación cultural y artística, también como prueba de identidad nacional. La nuestra es la única Constitución Política del mundo que inscribe la libertad de creación cultural entre las garantías fundamentales de los individuos y de la sociedad, y consagra así un principio establecido en la práctica de la conducta de Estado revolucionario, desde el comienzo.

Al asumir como principio y como práctica la libertad creadora, la revolución lo hace desde la propia tradición histórica que ha forjado la identidad nacional del país, y desde esa misma seguridad. Libertad creadora para alterar lo viejo, para renovar, para cambiar, para forjar lo nuevo, puerta abierta a la autenticidad y a la universalidad, que es la enseñanza de la revolución creadora de Darío. Una revolución, como la nuestra, que se propone precisamente crear, y cambiar, para que la identidad nacional sea posible también para el futuro, no podría contradecir esa herencia de disposición al cambio para buscar lo nuevo, ni en la política ni en el arte. Es, también, la esencia verdadera del humanismo de la revolución, el ser humano como actor y como objetivo del cambio.

Y la creación libre de cultura y de formas culturales, es una pieza dialéctica en el proceso de cambio. En la contraparte, la nación tendrá, al organizarse la sociedad sobre bases nuevas, y en condiciones materiales de vida distintas, un pueblo consumidor y receptor exigente de niveles cada vez de mayor excelencia de cultura, de modo que se trata, en este proceso de mutua correspondencia, no de bajar el arte a las masas, y elaborar un arte "comprensible" a una masa inerte, a paternalmente considerada, sino de responder de manera creativa a un pueblo que reclamará cada vez mejores y más refinadas expresiones artísticas, mejor calidad, mayor complejidad, mayor diversidad, y que se convertirá, con su exigencia, en garantía de la actividad creadora. Un pueblo cada

vez mejor informado y mejor educado, mejor instruido, y por lo tanto, capaz de una mejor capacidad de escogencia frente a múltiples alternativas del producto artístico, creador de artistas y receptor de cultura a la vez, como parte sustancial de su sentido de identidad nacional.

"Lo democrático —afirma Brecht— es convertir el *pequeño círculo de entendidos* en un gran círculo de entendidos."¹³ Y en esta interrelación, lo verdaderamente válido es adelantarse a crear un arte de calidad, diverso, rico, nuevo, que arme al artista para su ingreso al futuro, y rechace la mediocridad y la uniformidad como valores ajenos al complejo universo de la identidad nacional. La revolución lo que exige es un arte al día, como fenómeno moderno y diverso que no admite la pobreza creativa ni el anquilosamiento, ni el pretexto para no crear, por difíciles que sean las circunstancias del creador, sometido, como todos los individuos de la sociedad en guerra, a limitaciones materiales, y aprovechando los medios y las oportunidades que de manera libre la revolución, como nunca antes en nuestra historia, y pese a todo, pone a disposición de los artistas, de los científicos, de los investigadores, sobre todo en lo que se refiere a la escogencia de opciones.

El pueblo que hoy aún toca de oídas, que empieza a entrar en el territorio del futuro que se abre con el siglo venidero armándose de mejores instrumentos de acción y percepción que la revolución ha hecho posibles al liberar todas las fuerza creadoras de la nación, en esta gran cruzada de generalización de una conciencia nacional soberana, atesora en su sentido de identidad nacional, tantas veces puesto a prueba y tantas veces defendido, el respeto y la admiración por sus artistas, que no puede ser defraudado, de Rubén Darío a Ernesto Cardenal, a Armando Morales, y por sus guerreros, también intelectuales, también poetas, en muchos sentidos, de Benjamín Zeledón, a Sandino a Rigoberto López Pérez, a Carlos Fonseca.

La palabra creadora ha sido iluminadora en nuestra historia, deslumbrante como el fulgor de los fusiles disparando en la noche cerrada, por la

independencia, por la soberanía, por la identidad nacional. Esta es nuestra idiosincracia, nuestra definición y nuestro orgullo de pueblo pobre, acosado pero despierto, que mira lúcido al futuro. Poetas y guerreros, Nicarao que pregunta y Diriangén que contesta, Darío que interroga a los cisnes: ¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? Y Sandino que responde con cadencia de fusil: "Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera otra, la sangre india americana que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero."¹⁴

Darío, Sandino. De un polo a otro, se tiende el arco voltaico. Y así alumbra, en la entraña de la historia, nuestra identidad nacional.

Notas

1. Pablo Antonio Cuadra, "In defiance of censorship: culture and ideology in Nicaragua today," en *The Transition. From Authoritarianism to Democracy in the Hispanic World*. San Francisco California: ICS Press. Institute for Contemporary Studies, 1986.
2. José de Marcoleta, "La piratería convertida en derecho de los Estados Unidos de América," en *Pensamiento antiimperialista en Nicaragua*. Managua: Instituto de Estudio de Sandinismo, Editorial Nueva Nicaragua, 1982.
3. Mariano Barreto, "Cuestión internacional," *idem*.
4. Santiago Argüello, "Nuestro problema racial," *ibidem*.
5. Salomón de la Selva, "La intervención norteamericana en Nicaragua y el General Sandino," *Boletín del Archivo General de la Nación*, 1981, 6-7.
6. Pablo Antonio Cuadra, "Una conversación entre Azul y buenas tardes," *La Prensa*, 13 de agosto de 1988.
7. Rubén Darío, "El triunfo de Calibán," *Pensamiento antiimperialista en Nicaragua, op. cit.*
8. Rubén Darío, "Mr. Roosevelt: un excelente gorila," *idem*.
9. Rubén Darío, *Tutecotzimi. El Canto Errante. Poesía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Edición de Ernesto Mejía Sánchez, 1977.
10. Antonio Gramsci, "Arte y cultura" (de Cuadernos de la cárcel). *Obras de Antonio Gramsci*, Tomo IV: Literatura y vida nacional, México: Juan Pablos Editor, S. A., 1976.
11. Bertolt Brecht, "Política cultural y académica de las artes," *El arte y la política*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984.
12. Bertolt Brecht, "¿Qué hemos de hacer?" *Op. cit.*
13. Bertolt Brecht, "Observación del arte y arte de la revolución," *idem*.
14. Augusto C. Sandino, "Manifiesto de San Albino, 1 de julio de 1827," *El pensamiento vivo de Sandino*, tomo I, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984.

